

Sufriendo persecución y el martirio en Turquía

El pasado 18 de Abril de 2007 una noticia nos conmocionó y cambió el curso de la obra en Turquía para siempre. Estaba conduciendo mi auto para officiar el funeral del padre de un muy querido hermano, cuando recibí la llamada. No es aconsejable recibir una llamada así cuando uno está al volante. Con respiración entrecortada el hermano A.S., cuando aún apenas habían ocurrido los hechos me decía: “Han matado a tres hermanos nuestros en Malatya ¡degollándolos...!” Inmediatamente se sucedieron las llamadas: “¿Estáis seguros, quienes, como...?” Se sucedían las informaciones confusas: “Son cuatro; no no, son cinco; no, no han muerto; si, están muertos, pero hay uno vivo...” Uno de los primeros a quién llamé fue el pastor de nuestra iglesia en Izmit, cuñado de una de las víctimas. Traté de consolarlo con la vaga noticia que había recibido, de que él aun estaba vivo. Pero no tardamos en conocer la fatal realidad...

Una vez llegado a la iglesia a la que me dirigía, llegaron también los medios de comunicación. Querían saber nuestra reacción. Pero nosotros aun no teníamos una información cierta. Lo único que pude decir ante las cámaras de televisión fue: “No tenemos datos precisos de lo ocurrido. Así que poco podemos decir. Pero es extremadamente alarmante que los cristianos tengan que vivir en este país con miedo de que los maten.”

En Turquía, después de los atroces asesinatos de nuestros hermanos Necati Aydin, Ugur Yucel y Tilman Geske, son tres las preguntas que nos hacemos: ¿Por qué lo permitió Dios? ¿Ahora qué va hacer el Señor? Y ¿cual debe ser nuestra reacción?

El pasado Enero de 2007 tras el asesinato del periodista Armenio y creyente Hrant Dink, ya empezamos todos a temer lo peor. Apenas unos meses antes, en la primavera del 2006 un joven había asesinado a Andrea Santoro, cura católico, mientras estaba en su iglesia de Trabzon, en la costa del Mar Negro.

Ese enero, intercambiando correos con otros hermanos latinos que sirven en el país, tratábamos de programar una conferencia para octubre y de encontrar un tema adecuado. Yo escribí entre varias propuestas: «¿Qué otra cosa que "la nube de testigos" latinos que han visto el impacto de su esfuerzo, nos puede animar a "luchar... hasta el punto de derramar nuestra sangre"? (He.12:1-4). De alguna manera debemos transmitir el mensaje de que si queremos dejar huella aquí, en la historia de la obra de Dios y en el mundo, es y será necesario que tanto enviados y como enviados estén dispuestos a ser la semilla que muere, para dar vida.» Tristemente estas reflexiones se convirtieron en una realidad 3 meses después...

Desde entonces, la pregunta más común aquí ha sido: **“¿Por qué lo ha permitido el Señor?”** Es una pregunta lógica y natural, que pienso, nadie deja de hacerse. Pero el Señor me ha llevado poco a poco a pensar que no es la pregunta que se harían los cristianos del primer siglo, cuando morir por la fe estaba a la orden del

día. Entonces no se lamentaban por los mártires, sino que casi buscaban el martirio como una meta gloriosa. No digo que esta deba ser nuestra actitud, pero si que algo ha cambiado sustancialmente en nuestra apreciación de la fe, de la vida cristiana y de la misión.

Como es bien sabido la palabra “mártir”, que hallamos en el Nuevo Testamento, significa testigo, y “martirio”, testimonio. Ambos llegaron a ser tan inseparables (martirio y testimonio) que se cambiaron el sitio en el vocabulario cristiano.

Ignacio Mártir, obispo de Antioquía (hoy en el Sureste de Turquía) y condenado a principios del siglo segundo (hacia el 117 d.C.) a la pena máxima, suplica en su viaje hacia Roma (donde se ejecutará la sentencia), que nadie intente arrebatarle este honor. Se dirige a las siete iglesias por las que pasa cerca, de camino a la capital del imperio. Y su temor es que los hermanos puedan hacer algo por lo que le conmuten la pena... No se trata de literatura beatífica o masoquista, sino del espíritu de la iglesia primitiva, aquella que transformó el mundo y proporcionó la base a un cristianismo victorioso que prevaleció y resistió al embate de los siglos y de su degradación interna.

Si hablamos de misión, forzosamente hemos de hablar de muerte. Ojalá (si Alá quisiera), que no hubieran muerto nuestros hermanos; o que hubiéramos podido prever o evitar su masacre. Ojalá que no hubieran quedado atrás dos viudas y una novia que no pudo decir el “sí quiero” en el altar. Ojalá que 5 niños no tuvieran que crecer lamentando la pérdida de su padre... Pero, necesariamente debemos seguir hablando y reflexionando en la muerte. ¡Y en la vida naturalmente! Porque el mensaje que transmitimos, al que hemos creído y forma parte de nosotros mismos, nos da aquella vida que nadie puede arrebatarnos y que en el fondo todo ser humano anhela.

Pero la palabra nos insta a: “Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, VOSOTROS TAMBIÉN ARMAOS DEL MISMO PENSAMIENTO...” (2Pe.4:1). Pedro en su segunda epístola menciona 23 veces “padecimientos”, “aflicciones”, “ultrajes”, “injurias”... Pero su mensaje es un mensaje de esperanza: “Él tiene cuidado de vosotros” (5:7), pero a la vez, de realismo: “...los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo” (5:9). Asumir el sufrimiento y la posibilidad del martirio no es (no debe ser) un freno disuasorio sino un arma. ¿Contra qué y cómo funciona? Contra la muerte... Y funciona porque vence al miedo. Muchas veces el miedo se alimenta más de la incertidumbre, de lo desconocido, o de lo imaginado, que no del daño o el dolor ante el que se retrae. Si asumimos lo peor, todo lo que ocurra será siempre mejor.

Pero no hace falta que lleguemos al extremo de la muerte física, padeciendo el martirio por la fe. La misión es muerte porque requiere de toda abnegación. Requiere que todos arriesguemos (en términos humanos), requiere que nos neguemos a nosotros mismos y a lo nuestro. Nuestra cultura, nuestra comodidad,

nuestros futuros, nuestros hijos e hijas, nuestros bienes, nuestros hermanos y hermanas más necesarios, nuestra planificación, nuestras inversiones en tiempo, en oración, en viajes, en medios... Y sólo si hemos asumido lo que puede llegar a ser el coste máximo, todo lo demás nos parecerá pequeño y poco ante la gran empresa.

Sólo entonces nuestras preguntas ante lo peor empezarán a recuperar el sabor del primer siglo de la cristiandad: En vez de “¿Por qué lo permitió el Señor?” más bien “¿Señor por qué no permitiste que muriera yo?” O aun mejor: “¿Por qué sigo aun con vida? ¿Para qué me has dejado en este mundo? ¿Cual es la vida que debo llevar y la obra que aun debo concluir?”; ó “¿Por qué no he muerto todavía a mi ego, a mi comodidad, a mi mundo reducido, a mi visión todavía mundana (centrada en este mundo) de la vida, a mi miedo a darlo todo, a aquellos obstáculos en mi o mi alrededor que me frenan en la entrega de mi vida por el Evangelio...?”

¿Qué ocurrirá entonces? “Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso” (2Pe.1:7). ¡Cristo volverá a ser precioso a nuestros ojos! Volverá a ser el todo. Volverá a ser el primer amor... ¿O acaso no lo deseamos?

La segunda pregunta que nos hacemos es: **¿Ahora qué va hacer el Señor?**

Inmediatamente tras las muertes algunos empezaron vaticinar: “¡Ahora llegará el avivamiento!” No soy yo quien se atreva a decir cuando llegará el avivamiento. Pero pienso que nuestra reflexión debe ser más profunda. Hay tres medios principales por los que Dios alcanza y transforma el mundo con el Evangelio: (1) La acción del Espíritu Santo que trae convicción de pecado (Jn.16:7-9); (2) la predicación de los santos (1Co.1:21); y (3) las oraciones intercesoras de Su pueblo (Col.4:3). Cuando la dureza del terreno espiritual es tal que estos tres medios no son suficientes, el Señor añade o permite un cuarto factor: ¡el martirio de los creyentes! Su sangre se convierte así en “la sangre rociada que clama *como la de Abel*” (He.12:24; ver tb. Mt.23:35). Entiendo que a veces la única manera de redimir los pecados de un sector de la humanidad (no en el sentido de sustituto, pero sí de portador del mensaje), es sufrir tal injusticia hasta que Dios quebrante la resistencia de los corazones, ante el horror de los hechos. Así Dios quiere incrementar en intensidad su misericordia y permite que las reacciones sean más atroces... Hasta que el horror rompa con el dique de resistencia. En tiempos de la represión romana el propio Cornelio Tácito (55-117 d.C.) llega a decir ante el horror de la persecución: “...esta gente [los cristianos] aún siendo culpables y mereciendo la muerte, empezaron a conmover los sentimientos de misericordia del pueblo...” (*Anales* xv, 44).

Por primera vez en la historia reciente de Turquía, la prensa nacional está denunciando una vez tras otra incongruencias en la investigación, las pruebas destruidas o manipuladas, y la parcialidad del sumario preparado por el fiscal del Estado para juicio de los asesinos de Malatya. Por primera vez se está alzando una

voz unánime para que se baje hasta el fondo de la cuestión y se castigue, no sólo a los autores de los hechos, sino a aquellos que desde la sombra los instigaron y son los autores intelectuales de tal atrocidad. Más aun, por primera vez los medios de comunicación están haciendo examen de conciencia y aceptando su *mea culpa*, por los años de anti-propaganda cristiana con lo que han bombardeado la opinión pública de este país, espoleando a los sectores más radicales para que odien a los cristianos.

En el 1995 aproximadamente, cristianos evangélicos turcos, convertidos de un trasfondo musulmán, empezaron a salir en programas de debate en televisión, dando testimonio de su conversión y de su fe; no como personas engañadas y manipuladas por los intereses oscuros y políticos de Occidente, sino como convencidos de su fe, en pleno uso de sus facultades personales e intelectuales. Desde entonces y por unos diez años, el bombardeo de los medios acusando a los cristianos de conspiradores contra el Estado no ha cesado. La generación que eran niños de unos 6 a 8 años hacia el 1995 han crecido hasta alcanzar su mayoría de edad inculcados con este miedo y odio hacia los cristianos.

¿Qué va a hacer el Señor ahora? Me atrevería a decir que la única manera de traspasar este umbral del odio va a ser por la sangre de los mártires. Y muchos ya llevamos meses diciendo en este país, que de momento el horror de estos asesinatos, en vez de amainar los ánimos, lo que hace es dar coraje a más y más exaltados que así se sienten héroes y salvadores de la patria. Estaba repitiendo esto hace una semana en Alemania cuando al día siguiente recibimos la noticia, esta vez de un cura católico apuñalada en Esmirna. Además de conocer personalmente al sacerdote Adriano Francini y desearle una pronta recuperación, resulta que la prensa luego ha desvelado que: “!El joven que apuñaló al sacerdote tenía como objetivo al pastor de la Iglesia Evangélica de Eskisehir!” Iglesia que yo co-pastoreo con el hermano mencionado y en la que hemos sufrido este 2007 varias agresiones con cóctel Molotov...

Creo firmemente que el Señor no sólo está permitiendo todo esto, sino que lo va a usar para deshacer el caparazón de extrema dureza en el corazón de tantos en estas tierras, que por motivos históricos, sociales y espirituales parece hoy impenetrable. Lo que sí es indudable es lo que el Señor quiere que hagamos ahora. Y llegamos así a nuestra última cuestión:

¿Cual debe ser nuestra reacción?

Dentro del extenso abanico de los creyentes, unos dirán “reclamar justicia y apelar a todos los organismos oficiales posibles”. Otros dirán “dar la otra mejilla...” Creo que las dos reacciones son caras de la misma moneda. Lo importante es con qué espíritu lo hacemos. En el primer caso ¿con rencor?; en el segundo ¿con espíritu de servilismo? En los dos casos debemos hacerlo ¡con amor, fe y esperanza!

Hará cosa de tres años me llamaron de la jefatura de policía en Estambul para interrogarme. A medida que me tomaban declaración, un superior desde su oficina, de tanto en tanto gritaba: “¡Que no se lo invente!” Hubo un punto en el que no me pude aguantar y le grité yo bien molesto: “¡Ya que lo sabe usted todo mejor que yo, si quiere haga usted la declaración y firme usted mismo!” Inmediatamente sentí una punzada en el corazón: “¿Reaccionaría igual el Señor en mi lugar?” Esa semana Él me respondió: “Bueno es para el hombre... que dé la mejilla al que lo hiere; que se sacie de oprobios” (Lm.3:30). Aquel que dio sus “mejillas a los que *le* arrancaban la barba; y no escondió *su* rostro de injurias y esputos” (Is.50:6) a la vez cuando fue abofeteado “...respondió: Si he hablado mal, da testimonio de lo que *he hablado* mal; pero si *hablé* bien, ¿por qué me pegas?” (Jn.18:23).

Es decir, debemos encajar las agresiones sin permitir que hagan mella en nuestra fe, nuestro amor y nuestra entrega; a la vez que debemos seguir clamando a los poderes públicos y por todos los medios: “¿Por qué, por qué, por qué...?” hasta que ellos mismos reaccionen. ¡Y en esto la acción, intercesión y ayuda de los creyentes de todo el mundo ha sido, es y será la que marcará la diferencia!

Estambul, Diciembre de 2007
Carlos Madrigal,
Pastor Fundador
Iglesia Protestante de Estambul